

La unidad como clave de bóveda de la educación en valores: educación, valores y comunión

Unity as the Keystone of Education in Values: Education, Values and Communion

JAVIER BARRACA MAIRAL

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y EN DERECHO

PROFESOR TITULAR DE FILOSOFÍA, DEPTO. DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN.

UNIVERSIDAD REY JUAN CARLOS DE MADRID

Resumen

La unidad es una clave de bóveda de la educación en valores, a causa de que lo educativo se establece a partir de la relación interpersonal. Contribuyen a ello la naturaleza social del ser humano y la integralidad de la persona. Se explora aquí el papel fundamental de la comunidad educativa y cómo coadyuva a la educación en valores. Se profundiza en la labor educadora del grupo como atmósfera multiplicativa de influencia en valores. Desde la comunidad, se propone el paso a una comunión en el afecto para la formación en valores. Se reivindica el valor del perdón y la humildad, claves de unidad y educación.

Palabras clave: unidad, educación, valores, comunión, humildad, perdón.

Abstract

Since education is grounded on the interpersonal relationship, unity is the keystone of education in values. Such unity also leans on the social nature of human beings and their completeness as persons. This paper explores the relevant role of the educational community and how it contributes to the education in values. It also delves into the educational work of the group and the multiplying effect of the environment, thus influencing the values of the community members. The change towards communion, setting bonds of affection, is suggested as the way to train in values. The values of forgiveness and humility are claimed as keystones of unity and education.

Keywords: unity, education, values, communion, humility, forgiveness.

1. INTRODUCCIÓN: LA IMPORTANCIA DE LA UNIDAD EN LA EDUCACIÓN EN VALORES

... el valor más alto de nuestra vida es crear formas elevadas de unidad, es decir, de encuentro. (López Quintás, 1993).

Comenzamos indicando que nuestro propósito, aquí, va a consistir en investigar el decisivo papel jugado por la unidad como clave de bóveda –o base fundamental– de toda formación ética y en valores. Esto, debido a que nos parece que la unidad resulta vital a la hora de crear ese ámbito adecuado e indispensable que reclama siempre toda acción-relación educativa, toda educación. Ahora bien, esto resulta en especial así en cuanto a la educación más directamente vinculada con los valores, puesto que ella compromete el desarrollo integral y moral de la totalidad de la persona, que conforma una unidad particularmente intensa. El fundamento antropológico de ello radica en que las personas suponen una unidad singular y única, que procede a su vez de formas de unidad, y que las reclama y necesita. Cualquier relación fructífera, demanda y comporta alguna forma de unidad entre personas, y la educativa muy especialmente.

Advertimos también acerca de nuestra metodología específica, de orientación filosófica, fundada en la argumentación y la reflexión. En efecto, aquí, vamos a ocuparnos de la unidad desde una perspectiva netamente *filosófica*, no teológica o sociológica, jurídica, política, etc. Aunque las consideraciones filosóficas pueden servir de base o inspiración a las de otro tipo, según sabemos, en particular a la esfera de lo educativo y a lo pedagógico (a la filosofía, se la ha considerado, por ejemplo, la servidora –*ancilla*– de numerosas materias y ciencias, como la teología).

2. EL VALOR DE LA UNIDAD Y LA NATURALEZA HUMANA

La unidad es un valor de una enorme belleza, que los humanos podemos captar *connaturalmente*. Esto, a causa de que estamos hechos desde nuestro origen constitutivamente para ella. Las personas no sólo coexistimos, existimos unas junto a otras, como el resto de los seres, sino que *convivimos* –tal como enunció Husserl–, creamos formas de vida en unidad.

Sin embargo, hoy, a pesar de esto, tal vez no apreciamos bastante este valor, confundidos por esta sociedad individualista e insolidaria hasta extremos aberrantes. El discurso o la narración consumista y materialista tienden a atomizarnos, para mejor manipularnos. Se busca romper nuestra unión, pues toda forma de unidad fecunda resiste a la manipulación, y se hace fuerte en valores. Un arma usada para desunirnos y convertirnos en títeres fácilmente manejables, estriba en el fomento de anti-valores tales como la avaricia o la codicia, verdaderas lacras de nuestro tiempo a las que recurren los más variados tipos de manipuladores sociales (Zamagni, 2013). También, observamos que aunque existe una cierta tendencia hacia la unidad –por ejemplo, en la Unión Europea y otros ámbitos–, junto a ello se dan otras disgregadoras y de separación; como las que conocemos en España; tendencias no sólo políticas, sino incluso nucleares en lo social, y así pensemos en la fractura actual de los vínculos matrimoniales. ¿Cómo recuperar, entonces, el aprecio y el vigor de la unidad? Pues, entre otros caminos, reflexionando con profundidad, filosóficamente, acerca de este imprescindible valor y de su importancia para la delicada tarea de educar en valores.

Hoy, los filósofos anuncian que todo cuanto existe está relacionado, conectado de una u otra manera. Por esto, en las teorías de la física actual y en la meteorología se llega a hablar del *efecto mariposa*, que responde al célebre axioma chino antiguo acerca de que: «Hasta el simple aletear de las alas de una mariposa afecta en el último extremo del mundo y lo cambia». En la importancia de la relación, el encuentro y la unidad para los humanos, ha centrado su pensamiento precisamente don Alfonso López Quintás (López Quintás, 1993). Este autor ha escrito, con gran lucidez:

... el valor más grande de nuestra vida, el supremo, el que nos da las máximas posibilidades de realización personal, es el encuentro o –dicho en general– la fundación de los modos más elevados de unidad. Ese valor que los corona y ensambla a todos como una clave de bóveda constituye el ideal de nuestra vida. (López Quintás, 2003, p. 41).

Pues bien, la unión es una clase de relación, aquella en la que dos o más seres se unen, se vinculan entre sí, configuran una alianza, establecen entre sí un nudo o lazo; en definitiva, unirse consiste en conformar una realidad nueva y distinta a lo anterior, un punto de encuentro común que *integra* o asocia entre sí a los seres en él conectados. Por esto, filosóficamente, se ha llegado a

hablar de la categoría del *entre* (*inter*) como de una noción vital para ahondar en lo real. La unión consiste, pues, en el acto y el efecto de unir, y ello genera algún grado de unidad, entre quienes así se enlazan o asocian. Además, conviene advertir que, al unirse a otros, los diversos seres crecen en su respectivo valor, pues la unidad misma es un valor, en el que cabe participar, por cuanto constituye una perfección, una forma de bien.

Cuanta más unidad hay en un ser, o en una relación entre ellos, tanto más perfecto es este ser o su conjugación. De acuerdo con la teodicea, Dios es unidad perfecta y absoluta. En filosofía, se habla del *transcendental* del uno o de la unidad, que no es sino cierta forma de ver el ser, la bondad, la verdad y la belleza de algo. Esa forma consiste en considerar el ser desde la perspectiva de su unión interna y de su diversidad con respecto a lo restante; esto es, de su armonía o integración interiores y de su singularidad. También cabe captar esto, desde una metafísica clásica, si advertimos que un ser que constituya una substancia –un ser en sí mismo– tiene más unidad en sí que un simple accidente o una mera cualidad en él; así, por ejemplo, tiene más unidad todo un organismo viviente (*organon* significa, en griego, unión armoniosa) –como una flor o una mariposa– que sus partes contempladas separadamente, como un pétalo o ala, y también que sus características aisladas, como el estar en cierta situación, tener uno u otro color, etc.

Además, la substancia que más unidad posee es *la persona*. De este modo, una persona goza de más unidad que una cosa u objeto, y que cualquier otro organismo vivo, participa con la máxima intensidad en este valor de la unidad. Ello obedece a que su grado de unidad se corresponde con la peculiarmente intensa forma que tiene de participar en la existencia o el ser. Por eso, de las personas decimos que son *sujetos*, hipóstasis, subsistentes, entes que subsisten, dado que en estos se unen e integran muchos elementos diversos. Ellos –los sujetos– existen *bajo* la multiplicidad de sus propios elementos y cualidades, sustentándola, agrupándola, dándole unidad.

Pero, quizás, convenga volver un momento a la experiencia humana natural, a la hora de captar el valor de la unidad, junto a las consideraciones metafísicas o de filosofía fundamental que acabamos de realizar. Así, desde la perspectiva antropológica, podemos conocer que la unidad constituye un valor por vía negativa; es decir, al sentir que la soledad absoluta nos aterra, pues nadie querría estar total y eternamente solo por completo, ya que en ese caso extraviaría el propio sentido de su existir, perdería el horizonte y porqué de

su ser. O, también, lo constatamos al ver cómo sufrimos cuando se rompe nuestra unión con un ser querido que se aleja, o que fallece. Incluso, ya el mismo hecho de morir consiste siempre en disgregarse, en perder unidad el viviente, que se fractura o rompe en sus elementos disociados.

Asimismo, por vía positiva, sentimos el gozo y la alegría de la unidad, cuando notamos que en la unión intensa de amistad, con otro u otros, nos regocijamos. De modo que tanto la felicidad como la desgracia deseamos vivirlas junto a otros, compartirlas de modo fraternal, en la *amistad*. Por esto, se ha dicho que: «no hay peor desierto que estar sin amigos» (Baltasar Gracián); que: «la amistad multiplica los bienes y reparte los males, es el único remedio contra la fortuna adversa y un desahogo del alma» (Baltasar Gracián); o que: «hay cosas que uno no puede por sí mismo, pero que las puede gracias a sus amigos. Y estas son como si las pudiera por sí mismo» (Aristóteles; Santo Tomás de Aquino). Tenemos, en fin, por naturaleza, necesidad de amistad, como expuso Aristóteles.

Todo esto posee su fundamento en que, tal como hoy afirmamos, el ser humano es un ser no sólo *en relación*, sino *de relación*, relacional, por su propia constitución, hecho para la unión estrecha con otros. No hay ser en la naturaleza tan íntimamente social, tan llamado a la unidad, como el humano; ya antes de nacer, las relaciones nos conforman, y ante todo la vinculación al fundamento más hondo de nuestro ser. Además, nuestro proceso de desarrollo reclama siempre la relación con el otro, empezando por nuestra propia madre. Pocos seres nacen tan expuestos a la relación con otros como nosotros, advirtamos así la vinculación necesaria entre lenguaje, pensamiento y relación humanos. Por esto, se ha dicho por parte del pensador Emmanuel Lévinas que *la alteridad* —el Otro y los otros— se encuentra en el origen más genuino y hondo de nuestro ser, en la raíz de nuestra subjetividad e identidad, que se ven fundadas desde fuera de ellas mismas (Lévinas, 1977). Hasta nuestro nombre propio lo recibimos de los otros.

Desde luego, la forma de unidad más intensa entre dos seres distintos es el amor, y el amor inter-personal. Muchas rocas pueden estar unidas y conformar una montaña, o los granos de arena un desierto, o las gotas de agua un mar; pero la intensidad de unidad alcanzada gracias al amor resulta incomparable. Esto, debido a que la multiplicidad o diversidad no niega la unidad, con tal que los diferentes elementos se conjuguen en una unión integradora. Así, la integración entre dos seres personales resulta mucho más intensa que

la puramente física o material, ya que la relación que los asocia posee en mucho mayor grado el ser que lo material. La unidad mayor es la de tipo espiritual, pues los espíritus poseen su ser más intensamente que las meras cosas u objetos, y de este modo el grado de unión entre ellos puede alcanzar cotas mucho más elevadas y agudas.

3. LOS LÍMITES DE LA UNIDAD HUMANA

La unión humana puede alcanzar tal intimidad o intensidad de unidad que resulte más fuerte incluso que la muerte. Frankl cuenta en *El hombre en busca de sentido* que, un día, durante su estancia en el campo de exterminio donde se encontraba recluido, se conmovió al pensar que su mujer podía estar muerta ya, y él ni siquiera saberlo. Pero se recobró en cierta forma al pensar que, muerta o no, seguían de alguna manera *unidos*, pues el amor que se tenían ambos era real y auténtico, de modo que transcendía a la muerte misma y era eterno (Frankl, 2001).

Una forma de conocer algo es acercarnos a sus límites; delimitar o definir tiene que ver con esto. Pues bien, ¿cuáles son los límites de la unidad humana?

Límites éticos de la unidad serían los que no se deben franquear para lograrla, o también los obstáculos morales personales que experimentamos al procurarla, como nuestro egoísmo que frena nuestra unión. Pero cabe examinar esto, mejor, de un modo positivo: ¿qué virtudes han de darse en nosotros, a fin de favorecer la unidad? Sin duda, la humildad ha de jugar, aquí, un papel relevante. Si no somos humildes, no habrá unidad entre nosotros, pues el soberbio no quiere verse unido a nadie, al no estimar el valor de los otros, ya que menosprecia cuanto los demás pueden aportarle¹. Junto a la humildad, también, tienen que incorporarse en las relaciones humanas: la paciencia, la veracidad, la justicia, la generosidad y, en realidad, todas las demás virtudes que, de hecho, se encuentran ya entrelazadas entre sí.

A veces, uno debe renunciar a determinada unión con otro, en aras de una unidad superior. Por ejemplo, la fidelidad matrimonial requiere de la exclu-

¹ Sobre la humildad, cf. Barraca (2011).

sividad conyugal. ¿Qué ocurre, entonces, con las relaciones humanas y el valor de la unidad? Esto puede resultar, hoy, muy arduo de entender y de vivir, cuando todos andamos conectados con todos de mil maneras, en especial a través de la tecnología. Renunciar a otros no es sencillo, si les apreciamos. Mas, al cabo, podemos unirnos más a estos otros, aunque no estemos físicamente cerca, si actuamos como debemos, con un amor verdadero y recto, bien ordenado. Al elevar nuestra unión a un estado superior al meramente físico, a un nivel más alto, logramos mayor unidad, aunque no lo parezca, pues establecemos nuestra unidad sobre valores más profundos. Así ocurre al renunciar a otros tipos de unión en los que se halle más presente el egoísmo, aun cuando en estos estemos más próximos materialmente, incluso fusionados.

Un límite profundo de la unidad humana se encuentra en nuestra finitud. El humano, en este mundo, no puede unirse por completo a ningún otro ser humano, debido a que ambos son limitados y limitada es por tanto, también, su capacidad mutua de unión. Así, mi esposa puede afirmar con razón que, aunque yo me esfuerce, no la comprendo nunca del todo. Tiene razón en que, aunque lo deseo, mi capacidad de unirme a ella posee límites. La capacidad de comprensión, de comunicación y de empatía humanas son en sí mismas limitadas, finitas. ¿No tenemos siempre, aún con nuestro más íntimo amigo humano, este sabor agridulce en los labios? Sólo nuestro Hacedor nos conoce, comprende y puede unirse a nosotros en un extremo a la altura de nuestros más hondos anhelos. Como escribió San Agustín: Él nos es «más íntimo que nuestra propia intimidad». Pero es que ni siquiera con Dios mismo es posible la unidad total en este mundo. Ni tan siquiera, enseña la teología, la unión del místico es, aquí, absoluta. En el cielo, se espera que sí, que la unión llegue a ser perfecta. Pero, en esta vida, no puede serlo; por tanto, otro límite se encuentra no ya en la limitación de los sujetos concernidos, sino en su estado, en su situación, en el propio contexto de nuestra existencia presente.

Otro límite que, en realidad no es sino una condición de posibilidad, se encuentra en nuestra individualidad. Las personas constituimos individuos, seres singulares, únicos. Por eso, se ha dicho que somos *individuales*, en el sentido de indivisos o unos en relación con nuestro ser propio, y divididos de cualquier otro existente. Esto, algunas escuelas de pensamiento lo han interpretado erróneamente como un límite para la unidad. Algo de ello

se aprecia, a veces, en algunas formas de hinduismo, de budismo, en ciertas escuelas de espiritualidad *comunitaristas*, o del tipo místico de la *fusión*, como la cábala o determinada mística oriental y occidental de clase panteísta, y hasta en el pensamiento nihilista o comunista extremo, en los nacionalismos, populismos o tribalismos exacerbados, y desde luego en la masificación anónima moderna, etc. Parece como si la felicidad y la realización se encontrasen en la unidad total, hasta extraviar nuestra propia singularidad. Es el nirvana de la fusión con el todo o la nada. Sin embargo, esto resulta una interpretación equivocada de la unión y el ser humano. La unión verdadera, entre sujetos personales, no sólo no disuelve sus individualidades, sino que se realiza gracias a las identidades diferentes. Con la identidad, desde luego, tiene que ver nuestra *vocación*, que siempre es profundamente personal. La unidad no puede aniquilar nuestra vocación y sus singularidades².

Se da, también, el caer —a veces— en el extremo opuesto: en sacrificar la persona a la unión, a toda costa y a cualquier precio. Es decir, el buscar la unión aun quebrando o maltratando a la persona y su singularidad. Esto tampoco es adecuado. Se cometen atrocidades sin número, en aras de una pretendida unidad forzada e impuesta, no libre, sino reductora de cualquier rasgo de diversidad enriquecedora. Pensemos en ciertos rasgos de la globalización o mundialización actuales. La unión masificadora y anónima, despersonalizadora y deshumanizadora, no constituye una forma de unidad verdadera y real, como sabemos. Los totalitarismos del pasado siglo ofrecen una muestra temible de ello. Esto, a causa de que la unidad siempre reclama un arduo y hermoso equilibrio, entre lo singular y la relación, una *armonía* orgánica; pues, de otro modo, mata, en lugar de dar vida. De esta manera, el amor asocia al tú y al yo en el *nosotros* (como afirman el filósofo Carlos Díaz y algunos otros personalistas actuales³), sin fusionarlos ni confundirlos, sino integrándolos en un unidad que supera a ambos. La unidad que propone el amor —efectiva y afectiva— es una «unidad en la diversidad» (como reza el lema de la unión Europea y la célebre clave de la esté-

² Sobre la vocación, cf. Barraca (2003).

³ Este pensador ha investigado estas cuestiones y su proyección vital sobre todo el arco o espectro de los valores humanos. Cf. Díaz (2000).

tica universal), la unión de los diferentes; no se trata de la pura asimilación indiferenciada. Es, sin duda, el amor así entendido la clave de la unidad en la vida humana y en la educación.

4. DE LA UNIÓN A LA COMUNIDAD Y LA COMUNIÓN

Se ha repetido el pensamiento de que amar no es mirarse uno al otro, sino mirar ambos en una misma dirección. Por esto, cuando una mujer y un hombre tienen un hijo, y se aman los tres, se genera una unidad que llamamos de comunión, de común-unión. Ambos se unen, de algún modo, en un tercero, el hijo. Esta clase de unión engendra el grado de unidad más intenso posible, entre las personas.

Dos no pueden hallarse más estrechamente unidos que en un tercero. Esto, se debe a que ese tercero es aquí un ser personal, y la persona constituye metafísicamente el ente con más intensidad en el ser. Luego, no hay lazo o vínculo capaz de superar en vigor a la persona. Podemos estar unidos por el hecho de habitar un espacio físico compartido, por vivir en un mismo instante temporal, por compartir una experiencia como el consumir un alimento o un mismo afán, misión o tarea; incluso, cabe estar unidos en ciertas creencias y en la confianza en alguien, hasta en un sueño, deseo, ilusión y esperanza, en un valor; mas nunca estaremos más unidos que en el amor más hondo y profundo hacia otra persona y de otra persona, esta amistad de la caridad que trasciende lo dual, que siempre se da genuinamente con fecundidad, gracias al Otro.

He aquí un amor inter-personal más allá de la reciprocidad, un amor fértil y abierto, creativo en relación con otros. Por esto, el amor de caridad no es un binomio, sino que resulta siempre fecundo o creativo, nos hace engendrar, generamos juntos una tercera realidad, algo nuevo y distinto de nosotros mismos, algo que va más allá de nuestras propias personas y las reúne en otro. Esto alcanza, incluso, hasta originar un tercero, una nueva persona, o algo nuevo en una persona, como cuando dos educadores o su comunidad engendran en otra vida verdadera. Por esto, por ejemplo, sufren tanto los matrimonios estériles, pues alcanzan que cierto nudo posible entre ellos –cierto culmen de su unión– no se ha trazado del todo. Esto, puede aplicarse en un sentido no sólo corpóreo. Así, cuando varias personas al unirse cooperan a engendrar vida personal en un tercero, como hemos dicho, esto las une inti-

mísimamente. Insistimos que así ocurre, cuando una comunidad educativa forma a un tercero, o cuando esa comunidad y los padres de la familia de un educando cooperan en armonía para el bien de aquel, o al unirse un educador y un educando en una labor orientada hacia un tercero que les enlaza con fruto, etc. A esta peculiar forma de unión se la ha denominada *comunión*, común-uniión en otro. Debido a esto, debemos ser conscientes de que toda comunidad educativa tiene que transformarse –transfigurarse– en una auténtica comunión educativa, si pretende resultar fértil.

En definitiva: la cumbre de la unidad entre los humanos está en una unión que calificamos como de *comunión*. En la comunión, se trasciende el vínculo mutuo, elevándolo. Para unirnos así, los humanos necesitamos la ayuda de dos realidades esenciales: la vocación y la humildad, de las que ya hemos tratado, y que se encuentran vinculadas indisolublemente. Estas no sólo no comportan el desdén o descuido del cultivo de nuestra propia e irremplazable unicidad; sino que, por el contrario, parten del desarrollo del aprecio o estima hacia la incomparable belleza y valor de nuestra *identidad personal*. Ahora bien, sólo un Amor absoluto e infinito puede darnos la medida del valor de nuestra identidad –base para la unidad de la comunión más honda–, y este no es sino el de quien nos trasciende: Dios.

5. FORMAS Y CAUCES DE UNIDAD: LAS INSTITUCIONES, LA FAMILIA, EL TRABAJO EN EQUIPO Y LOS VALORES

La unidad se aprende *viviéndola*, como cualquier otro valor⁴. Podemos promover la unidad, por tanto, presentando una *meta común*, un fin u objetivo compartido de carácter o tenor vital. Al tiempo, vivir experiencias humanas de solidaridad o de justicia, sin duda, colabora al desarrollo de los valores con gran fruto. A ello cooperará toda experiencia humana, orientada hacia un hondo sentido, que nos mueva conjuntamente, que resulte atractiva para todos, una misión dinamizadora que concite nuestra colaboración. Así, también, por ejemplo, nos unimos y fomentamos valores tanto al trabajar como

⁴ Acerca de la importancia de la vivencia de los valores y su relación con la tarea de educar en ellos cf. Méndez (2001).

al festejar, al cooperar o al celebrar, al actuar o al contemplar, al esforzarnos o al gozar; siempre que alcancemos a compartir determinadas experiencias con profundidad. Esta unidad, basada en experiencias significativas y con sentido hondo, constituye el verdadero fundamento de las *instituciones* humanas.

Gracias a las instituciones, así engendradas, establecemos vínculos duraderos y estables, de un particular peso o valor, trazamos estructuras vivas de encuentros perdurables. A este propósito, cabe subrayar el indispensable papel jugado por las instituciones en el fomento de la unidad y en la maduración de los sujetos en los valores. Es cierto que no hay que olvidar que la clave final de todo encuentro entre personas se hallará siempre en los sujetos mismos y en las relaciones inter-personales que estos tracen, pues los humanos necesitamos de estos lazos cara a cara o más próximos existencialmente. Sin embargo, también las instituciones, en cuanto alcanzan a ofrecer formas de unidad vital enriquecedoras, que establecen marcos o contextos articulados para estos vínculos, nos resultan preciosas, a la hora de robustecer nuestra unidad. Por esto, cuidarlas o fortalecerlas representa algo esencial para nuestra unidad y para el crecimiento de los sujetos en los valores.

Hay muy diversas formas de unidad, y muy distintas instituciones; pero la familia constituye una forma de vivir la unidad y una institución en ello, sin duda, central. Esto, por ser una realidad natural, primaria, originaria y de una intensidad muy especial. Por eso, de hecho, cuando una comunidad humana está muy unida decimos de ella que supone una *familia*.

Nadie educa mejor, en la unidad y los restantes valores, que la familia. Los humanos venimos al mundo gracias a una unidad inter-personal, y nos desarrollamos bio-psíquica e integralmente a través de la relación y de la unión con otros. Estas relaciones de unidad, primigenias y genuinas, esenciales, nacen en la familia. Por esto, la madre Teresa escribió que nada resulta más necesario al ser humano que el tener un *hogar*. Sin embargo, hoy, asistimos a la destrucción acelerada de la familia. Frente a esto, Don Bosco hizo de sus *comunidades educativas* verdaderas familias, pues sabía que es la familia la que educa realmente⁵.

⁵ Cf. sobre este asunto, nuestro trabajo: Barraca (2005).

Hoy, ha cristalizado en el pensamiento actual toda una línea de investigación en el campo axiológico que explora la importancia del sujeto en el conocimiento del valor sin que ello conlleve, por fortuna, en modo alguno, al tiempo, la caída en el relativismo moral o axiológico⁶. Esto, pues, integra la importancia del sujeto en la experiencia de los valores con la objetividad o verdad del valor, y por tanto con la posibilidad de la argumentación axiológica y la comunicación racional en torno a los valores. Se trata, desde luego, de una reivindicación de la unidad, pues de acuerdo con ello los seres humanos pueden encontrarse de una manera profunda a este propósito. De aquí cabe derivar, entre otras, la convicción de la centralidad del diálogo y de las relaciones interpersonales para la educación en valores. A partir de este punto, la pedagogía axiológica contemporánea ha mostrado que quien educa en valores no es sólo la persona o la experiencia individual y concreta –como se afirma habitualmente, frente a los anónimos métodos o técnicas–, sino las relaciones intersubjetivas vividas con respecto a ellos. Por esto, se pondera, por ejemplo, en cuanto a los valores, la crucial influencia de la relación materno/paterno-filial, la fraternal, la amistad, la conyugal, la educativa formal e informal, etc.

Sin embargo, aquí, creemos que lo precedente todavía se queda corto, en cierto sentido. Pues, quienes de verdad educan en valores con auténtica pujanza no son ni siquiera determinadas relaciones inter-personales, particularmente fecundas e intensas, sino las comunidades enteras en sí y –muy en especial– las familias. Son la familia y la comunidad quienes crean un ámbito, entreverado de relaciones y de vida, todo un ambiente o clima, en el que toman cuerpo y se contagian por ósmosis los valores, singularmente el de la unidad. Cuando una comunidad educativa logra convertirse en un ámbito de encuentro y de unidad, genera desde su mismo interior una explosión en cadena de valores, que alcanza a todos. Entonces, no son ya sólo los meros sujetos o sus experiencias singulares, ni las diversas relaciones trenzadas quienes educan, sino el propio clima o atmósfera valiosos que lo envuelve todo, imantando el ambiente o medio en su conjunto e irradiando su influjo por doquier.

⁶ Para todas estas cuestiones de fondo en torno a los valores, y a la axiología como estudio sistemático de los mismos, remitimos a la labor desarrollada por J.M. Méndez. Por ejemplo, cf. Méndez (1995).

Por otro lado, mientras se ataca y mina a la familia, en muchos frentes, en otros contextos se reivindica la necesidad de conformar ciertas formas de *vida familiar*. Así ocurre, hoy en día, cuando se habla del trabajo, incluso de las organizaciones profesionales y las empresas, y se resalta la necesidad de cultivar la unidad al estilo *familiar* también en el contexto de nuestras ocupaciones laborales. Esto, por ejemplo, conecta con uno de los tópicos más extendidos de nuestro tiempo, como es el del llamado *trabajo en equipo*, que ciertamente debe aplicarse en los contextos más variados, y no sólo en el ámbito empresarial, de manera que constituye un elemento esencial de cualquier tarea de envergadura y alcance. Por esto, el trabajo coordinado, de equipo o en grupo –hoy se añade: en red– resulta determinante para cualquier actividad educativa (Álvarez de Mon, 2005). Ciertamente, sin esto nuestros esfuerzos quedan condenados a la disgregación y el fracaso. Esto lo ilustra bien la célebre escena del hombre que, al morir, congrega a sus hijos y les pide rompan cada cual una flecha separada, y lo hacen; luego, un haz de ellas atado, y no son capaces. Ese haz representa a sus hijos unidos contra los avatares de la existencia; y, aquí, a nosotros, nos puede servir como analogía de la necesidad de armonía y sintonía entre los distintos factores y sujetos comprometidos en la educación en valores. Se revela, con todo ello, un dato crucial: la unión hace, sin duda, nuestra fuerza también con respecto a los valores. Esto último resulta central a la hora de educar en los mismos. Sin la incomparable fuerza de la unidad, los esfuerzos orientados a educar en valores se ven conducidos hacia la ineficacia, pues un educador aislado o un esfuerzo separado no pueden vencer las enormes fuerzas rivales, las dificultades y resistencias que se les oponen en sentido inverso, y especialmente cuando todas ellas coinciden o actúan concordadas. Por esto, el trabajo en equipo, la acción coordinada de los educadores en valores, frente a su dispersión o aún peor su confrontación, en este sensible terreno, constituye un hecho capital, indispensable (Barraca, 2000).

Por otro lado, a esto último se suma un dato asimismo decisivo: el que cualquier persona –o grupo de ellas– que pretenda educar en valores tiene que alcanzar una cierta *unidad de vida* (un determinado grado de coherencia existencial, de congruencia vital, reflejo de su integridad moral o axiológica); al menos, si aspira a realizar esto con fecundidad. De otra manera, la acción con que promueve los valores se verá anulada muy pronto por la consecutiva reacción contraria que la sucede. El efecto final no será otro que la confusión y el desconcierto en el educando. No podemos predicar

adecuadamente acerca de valores que luego desacreditamos o despreciamos con nuestra propia conducta, pues los valores se transmiten fundamentalmente viviéndolos. Si el ejemplo personal —o testimonio de vida— constituye un requisito de partida básico en toda educación en valores, parece evidente que, al contradecir nuestros ejemplos, nosotros mismos echamos la más destructiva piedra sobre el delicado tejado que quisimos construir (Barraca, 2009).

6. LA UNIDAD EN EL SUFRIMIENTO, LA ENTREGA, EL AFECTO Y LA EDUCACIÓN EN VALORES

Todo en lo humano puede servir, en realidad, para la unión auténtica o real. Todo salvo el egoísmo, lógicamente, y sus diferentes formas, que nos encierran en nosotros y nos aíslan, nos separan del otro. También, aunque pudiera sorprender, o incluso escandalizar, *el sufrir en común* puede unirnos. Pero ello, vivido adecuadamente, desde luego; pues, de otro modo, el dolor también tienen un gran poder de aislamiento y genera soledad y hasta división.

El sufrir juntos, en determinada forma, puede establecer una muy honda alianza entre los seres personales. El sufrimiento puede unir a las personas debido, ante todo, a que nos revela lo hondo de la persona, lo auténtico, y a que el que sufre precisa de la compañía o apoyo del otro. De este modo, cuando sufrimos con alguien a quien queremos, sentimos su proximidad. Sucede, por ejemplo, así en la compasión. Sin embargo, además de esto, podemos vivir el sufrimiento de una manera no ya sólo colectiva sino *comunional*, de comunión, mucho más honda y unitiva que el mero compartir dos lo mismo. Hay comunión en el sufrir, cuando no sólo sufro con otro y el otro conmigo, sino cuando un tercero nos une y eleva en este sufrir, y ese tercero puede ser toda una familia, por ejemplo, o Dios mismo, o un amigo en común que sufre, etc. Sufrir en familia une enormemente, si se sabe vivir esto con cierta paz. Cuando una comunidad educativa alcanza a vivir su sufrir de forma comunional, se transforma en una escuela de valores incomparable y aleccionadora; por eso deben aprovecharse las experiencias de fragilidad y sufrimiento educativamente por los ámbitos formativos, no ocultarlas o negarlas, sino procurar extraer de ella sus valores y rescatar su intenso sentido ambital, familiar. Existe una fuente de unidad en nuestro

corazón comunitario cuando sufrimos, y esto nos puede convertir en auténticas familias en un determinado sentido. Por otro lado, toda forma profunda de comunión, de la unidad de comunión –de esa *común unión en otro*– comporta sufrir para nosotros los humanos, pues la unidad resulta ardua y difícil dadas nuestras limitaciones, y junto a la alegría y el gozo experimentamos el esfuerzo, el sacrificio y el dolor de nuestro ir –penosa, aunque gozosamente– trenzando la malla de la comunión.

Otro cauce o camino para la comunión se halla en *la entrega* a un tercero, en el servicio compartido en relación con otros. Hoy en día, por ejemplo, existen programas concretos de ayuda o de voluntariado en familia; en algunas instituciones educativas se promueven materias o prácticas de responsabilidad o acción social, e incluso se abren estas actividades en determinadas organizaciones donde se trabaja y hasta en las mismas empresas. A propósito de ello, pido excusas por mencionar en estas líneas mi propia experiencia personal. Une muy intensamente esta acción social compartida, que se orienta en un principio a hacer bien a un tercero. Puedo decir que mi mujer ha procurado siempre cultivar esta singular vía de unidad en el seno de nuestra familia, y así vamos hoy junto con nuestros hijos a asistir a personas con discapacidad, cada cierto tiempo, y lo hacemos unidos a otras familias. Cuando lo hacemos, todos sentimos la honda unión del servicio, de la entrega a un tercero. Es, sin duda, otra forma de comunión. Se trata de la solidaridad vivida en familia, educativamente, y hecha comunión.

Pero, ante todo y sobre todo, a los humanos también nos une el sabernos, el notarnos amados, por un tercero. El amor de un hijo hacia ellos, une a dos padres. El amor de Dios une a los fieles. El amor de toda una comunidad une a los distintos entre sí, íntima y amorosamente. Por esto, hay que sentir y hacer sentir este amor de comunión, como enseñó don Bosco, pues no basta sólo con amar al otro: el otro ha de *percibir* nuestro amor efectiva y *afectivamente*. Lo afectivo –la unión en los afectos en su amplio sentido– supone un factor vital de la unidad, y así de la formación en valores. Sólo quienes están unidos en el aprecio mutuo, quienes sienten ese afecto entrañable, se encuentran profundamente abiertos a alimentarse con los valores recíprocos, sólo cuando el otro nos importa puede influirnos en un sentido auténticamente profundo. Y esto requiere del amor y de la amistad, en cuanto a cauces y ámbitos de relación. Además, los sujetos deben percibir que se les ama en algo, o en alguien más grande, distinto, superior,

alguien que trasciende al sujeto en singular y a la mera relación. De aquí, el que la misma unión matrimonial reclame para constituirse en toda su intensidad la unidad de los cónyuges en un Amor con mayúsculas, en lo que sustenta y fundamenta, a la vez que eleva, su recíproco afecto. Por esto, terminamos reclamando se estime y aprecie como se debe este precioso valor de la unidad y de la comunión interpersonal. Él ofrece la clave de bóveda decisiva, a nuestro juicio, de toda educación fecunda en los valores. Por esto, la bella tarea de la formación en valores pende en gran medida de que acertemos a configurar verdaderos espacios o ámbitos de comunión –libre y auténtica– en ellos.

7. CONCLUSIONES: LA UNIDAD GRACIAS A LA HUMANIDAD Y EL PERDÓN EN LA EDUCACIÓN

Concluimos estas reflexiones señalando que las diversas formas de unión, en el caso de los seres humanos, reclaman siempre de la adquisición e interiorización estable de un característico valor, de la maduración en una ardua virtud (virtud es el hábito de participar en el valor). Nos referimos, en concreto, a la ya citada *humildad* (Barraca, 2011). Esto sucede debido a que, permanecer unidos, incluso en un tercero, requiere de la sencillez suficiente para tolerar y apreciar al otro, quien siempre constituye –al igual que nosotros mismos– un sujeto limitado y perfectible (Aquino, s.f.).

En concreto, uno de los elementos éticos cruciales para nuestra unidad se halla en el acto de *perdonar*, en saber perdonar y pedir perdón, en vivir el valor del perdón. Esto no constituye un aspecto ajeno al ámbito educativo en modo alguno. Quizás pueda parecer algo excesivo, pero no lo es en absoluto, el hecho de afirmar que nuestras instituciones educativas tienen que convertirse en auténticas *escuelas de perdón*. Un conocido principio educativo, acerca de la clave del éxito o el acierto en la educación, se expresa justamente en la célebre máxima: «El secreto de educar: ver todo, corregir poco, perdonar mucho». Las comunidades educativas reclaman del desarrollo de esta delicada virtud del perdón mutuo y, además, tienen que formar en ello de manera continua. Sin pedirse y sin recibir perdón no hay posibilidad de unión o unidad entre los seres humanos, pues somos finitos y fallamos, fracturamos continuamente nuestras formas de unidad. Sin embargo, los análisis y estudios especializados acerca del valor del perdón

en lo educativo, hoy, no se prodigan. Una rara y hermosa excepción, que podemos citar y ofrecer, se encuentra en las recientes investigaciones agrupadas en la obra: *Retos de futuro en educación: Aprender a perdonar* (Oliveros Fernández, 2004).

Terminamos estas consideraciones, entonces, manifestando la belleza que posee ese maravilloso valor, que reside en la unidad, en nuestra siempre frágil pero a la par hermosa unidad. Hay en España realidades visibles asimismo de una incomparable belleza; se trata de unas descomunales flores de piedra: nos referimos a nuestras sublimes catedrales. Ellas pueden servirnos, ahora, como símbolo postrero del valor de la unidad. En efecto, pues estas obras maestras de la unidad se yerguen ante nosotros gracias a la unión de un sinfín de elementos, integrados unos con otros, y –aún más– gracias a la unión de muchas personas, que cooperan desde hace siglos en su existencia. Con nuestra admiración hacia estos incomparables monumentos a la unidad, metáfora e imagen de la urdimbre de los diversos en un todo prodigioso de valores, concluimos estas reflexiones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Álvarez de Mon, S. (2005). *La lógica del corazón*. Barcelona: Deusto.
- Aquino, T. de. (s.f.). *Suma de Teología*. Madrid: BAC.
- Barraca, J. (2000). *La clave de los valores: Fundamentos y aplicaciones*. Madrid: Unión Editorial.
- Barraca, J. (2003). *Vocación y persona*. Madrid: Unión Editorial.
- Barraca, J. (2005). *Una antropología educativa fundada en el amor*. Madrid: CCS.
- Barraca, J. (2011). *Vivir la humildad: Ensayos contra la soberbia*. Madrid: San Pablo.
- Díaz, C. (2000). *El libro de los valores personalistas comunitarios*. Madrid: Mounier.
- Frankl, V. (2001). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder.
- Lévinas, E. (1977). *Totalidad e Infinito*. Salamanca: Sígueme.
- López Quintás, A. (1993). *El arte de pensar con rigor y vivir de forma creativa*. Madrid: APCH.
- López Quintás, A. (2003). *Descubrir la grandeza de la vida*. Estella: Verbo Divino.
- Méndez, J.M. (1995). *Introducción a la axiología (tomos I y II)*. Madrid: Estudios de axiología.

Méndez, J.M. (ed.). (2001). *Cómo educar en valores*. Madrid: Síntesis.

Oliveros Fernández, O. (2004). *Retos de futuro en educación: Aprender a perdonar*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias.

Zamagni, S. (2013). *La avaricia: Pasión por tener*. Madrid: Antonio Machado Libros.

CITA DE ESTE ARTÍCULO (APA, 6ª ED.):

Barraca Mairal, J. (2016). La unidad como clave de bóveda de la educación en valores: Educación, Valores y Comunión. *Educación y Futuro: Revista de investigación aplicada y experiencias educativas*, 35, 95-112.